

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La madrugada*, Lorenzo Fuster.—II. *El hogar*, José Sotillo.—III. *La maternidad*, Faustina Saez de Melgar.—IV. *La cruz del bosque*, Angela Grasi.—V. *A la casta Susana*, E. Sierra Valenzuela.—VI. *Tristeza y alegría*, Faustino Beltran.—VII. *Dos letras*, Nicolás M. Cerissola.—VIII. *Rima*, N. Diaz.—IX. *Rejas*, Joaquín A. de Alcántara.—X. *Rimas*, José Ruiz Toro.—XI. *Madrigal*, Francisco Jimenez Campaña.—XII. *La mujer*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA MADRUGADA.

Negro capúz cubre el horizonte; la soledad y el silencio reinan por doquier; el astro de la noche, con su opaca claridad, presta á este cuadro un colorido siniestro, un aspecto grave y severo: los gigantescos árboles, los montes y las plantas parece como que inclinan su cerviz ante magestuosidad tan lúgubre; la naturaleza toda yace dormida, aletargada.

En tanto, cruza la inmensidad de los espacios el crespon flotante de las nubes, esas viajeras peregrinas, que con su purpúrea magestad y en masas uniformes reunidas, siguen del sol las doradas huellas, túnicas divinas que, formando pabellon, dejan entrever en el azul espacio multitud de estrellas.

Las brisas de la madrugada con sus pausadas armonías, anuncian ya el nuevo día, pues los melódicos trinos del ruiseñor han cesado de entonar sus quejas.

La plateada luna vacila aun en el firmamento.

Nada turba el reposo, la apacible calma que se respira.

Por entre el verdoso ramaje paréceme oír dulcísimos cantos, ecos de celestial emanación... No; es la metálica voz de la ermita, que con sus agudos y melancólicos tañidos llama cariñosa al hombre, para que gozoso, venere y salude al Supremo Hacedor, y absorto admire tan primordial armonía, tan agradable concierto! ¡Momento indescriptible, que eleva y engran-

dece nuestra alma, y exaltando nuestra loca fantasía, frenético nos subyuga con dulce arro-bamiento ante el poderio y magestad que rebo-sa ese fúlgido destello de su santa Providencia!

Las canoras aves dejan percibir por la selva umbria delicados acordes que hieren nuestro oído. Son himnos de alegría, cánticos de alabanza, que entonan saludando al Criador.

La indecisa claridad del día ya asoma por Oriente.

Vaporosa niebla, fria y sutil, ha descendido de las alturas, esparciendo por la naturaleza perfumes vivificantes.

Los primeros albores recorren el negro manto; la luna desaparece con paso lento, hasta perderse en la claridad del nuevo día.—Su misión va á terminar.—Solo de vez en cuando sus débiles reflejos se retratan en las aguas de la cristalina fuente, cuyo riachuelo serpentea por la verde alfombra, matizada de fragantes rosas y fiernos capullos, que se entreabren como para saludar al astro rey

Las ramas de los árboles se mueven al impulso del ligero viento; la naturaleza despierta de su profundo letargo; la brisa, purificando el ambiente del anchuroso espacio, induce á la blanca paloma que armonice tanta perfeccion de bellezas, y esta, gozosa, esparce sus niveas alas al viento con radiante alegría.—La dorada mariposa va apurando los cálices de las aromasas flores.

Tan gratos rumores, tan alegres movimientos, despiertan á la humanidad, imprimiendo en su corazon la santa enseña del trabajo.

Los dorados rayos del rubicundo sol, penetran en la humilde estancia del campesino, le des-

piertan, y como fieles amigos le conducen á sus faenas.

El murmullo de la sonora fuente, el movimiento de la espesura, el dulce canto del tierno pajarillo, todo, todo cuanto natura encierra, bendice y alaba á su Dios. ¡Dios de bondad, que tanto bien derramas sobre nosotros, ¡loor y gloria á tí, bendito seas!

LORENZO FUSTER.

EL HOGAR.

El templo de la familia es el hogar. Nido de paz y tranquilos afectos, en él se desarrollan lenta y sólidamente los principios fundamentales de la sociedad.

En él la hija aprende á ser buena esposa, la esposa á ser madre, y el niño á transformar sus impresiones infantiles en creencias de hombre.

Débil crisálida, el sér humano adquiere en el secreto del retiro doméstico brillantes alas de mariposa, para recorrer los floridos verjeles del mundo.

En el hogar nace y muere la criatura. En él se mira la primera y la última luz. En él se aprende á sentir y á rezar en los brazos de una madre amorosa, á convertirse en honrado ciudadano ante el ejemplo y cariñosas reprensiones de un padre venerable.

En el hogar recibe fortaleza la niñez, consejo la juventud, descanso la virilidad, y consuelo la vejez.

El olvido del hogar es un crimen moral, es el primer extravío de un alma insensata, es el momento de desasirse de unos brazos que dulcemente retienen cerca del bien, es la circunstancia necesaria para lanzarse al mal.

Cuando la tormenta ruge desencadenada, la humanidad se refugia en el hogar, y en ella eleva su plegaria al cielo.

Terribles convulsiones agitan los pueblos, desaparecen las nacionalidades, y sin embargo, en medio del mar proceloso de las grandes catástrofes, se vé flotar tranquila y serena el arca santa de la familia, depositaria fiel de la historia y las tradiciones de una sociedad entera.

Por eso, los enemigos de la sociedad son los mayores enemigos de la familia.

En el hogar se conservan, cual depósito venerando, en el trascurso de los tiempos y las ideas, las circunstancias, las puerilidades, las grandezas que forman el sello característico de cada país.

Los que odian á sus semejantes y odian á su nación, han tratado de complacer todos sus miserables instintos, acercándose con infame sigilo á la puerta del hogar para consumir de un

solo golpe su criminal propósito, hiriendo de muerte al propio tiempo la familia y la pátria.

Difundir en el seno de la vida doméstica malvadas teorías, es el mayor de los crímenes que en el órden moral pueden cometerse; es envenenar la raíz de la planta, produciendo un mal ilimitado que alcanza á toda la sociedad.

No son pocos los trabajos hechos para destruir el hogar; pero todos ineficaces, estériles, impotentes.

Le defiende el Angel de la Guarda, cobijándole con sus alas inmaculadas.

Las predicaciones furibundas del exaltado comunista, el ruido estridente de la piqueta revolucionaria, las llamas del petróleo, no han conseguido invadir el santuario doméstico en momentos de conflagracion horrible, retrocediendo, no ante la mortífera perspectiva de los cañones Krupp ó la pobre defensa de unos cuantos séres débiles, sino ante un grupo modestísimo, bello, seductor; ante una madre que, rodeada de sus tiernos hijos, con la sonrisa en los labios y la fé en su corazón, les enseña á combatir, en el tierno lenguaje del sentimiento, la guerra con la paz, el puñal con el ramo de oliva, la blasfemia con la plegaria, el robo con la limosna, el ultraje con la caridad, el crimen con la virtud, los apetitos desenfrenados con la tranquilidad de la conciencia, el club con el hogar, la ruina y la disolucion social con la familia.

JOSÉ SOTILLO.

LA MATERNIDAD.

¿En qué época de la vida de la mujer es más necesaria la intervencion materna, en la infancia ó en la adolescencia?

En esta cuestion he oido diversidad de opiniones, juzgando cada señora segun sus instintos maternos, o segun sus ideas; muchas me han pedido mi parecer en la materia, y aunque humilde, voy á darlo en breves frases, con la franqueza que me caracteriza, pues si mis palabras carecen de mérito, tendrán al ménos el de ser hijas de la experiencia, y no de utópicas teorías de algunas damas que hablan de la maternidad sin haberla conocido, queriendo imponer sus leyes, como si para el corazón de una madre no lo fueran muy sagradas sus nobles inspiraciones.

Creo que es necesaria la vigilancia y la intervencion materna, desde el momento en que la niña vé la primera luz. Ninguna madre, por elevada que sea su posicion, debe abandonar el tierno cuidado de lactar á sus hijos por sí misma, mientras su salud se lo permita. Esto, que para muchas parece una larga série de cuidados y de inquietudes, es un manantial perenne de inefables delicias y sensaciones dulcísimas, que no se sustituyen con nada, que no se encuentran en ninguna parte, porque los pla-

ceres sociales son ficticios, son fuegos fátuos que sólo hablan á los sentidos, y esas emociones que tienen origen en el alma, que son hijas del sentimiento, en nada se parecen á las insustanciales y frívolas diversiones que el mundo ofrece á la mujer.

El amor, en sus diferentes manifestaciones, es una chispa divina, una emanación purísima de Dios y la que siente, no puede menos de comprender los delicados goces que proporciona. Por eso una buena madre encuentra compensadas junto á la cama de sus hijos, todas las inquietudes y zozobras de que está sembrada la maternidad. Nace la niña, y su primer vagido resuena en el corazón materno, conmoviéndole de una manera tan poderosa, que ya no hay fuerzas humanas que puedan separar al ángel querido de su amoroso regazo. Empieza la lactancia, y con ella la serie no interrumpida de inefables goces que elevan el alma hasta lo infinito. El mundo entonces aparece mejor á los ojos de la madre; todo lo ve bajo el rosado prisma de su felicidad; ya las mujeres que antes le parecían insustanciales, ligeras, á veces malévolas, las encuentra buenas y cariñosas porque son madres; y la maternidad permite ver las cosas de la vida bajo formas más bellas y encantadoras.

El corazón se ensancha, porque comprende la verdad y el bien; el amor y el sentimiento son las fuentes de lo bello, y al beber en estos manantiales dulcísimos, nuevos horizontes aparecen á nuestra vista. La benevolencia y la ternura sustituyen á la intrasigencia y al desden. La mujer que antes era seca y desapacible, porque no había fecundado su sér ese rocío bendito, se torna en un momento, sin más que la intercesión de un ángel, en una criatura diferente, buena, amable y sincera.

Es madre, y las madres tienen indulgencia para todas las faltas, consuelo para todos los pesares, y lágrimas para todos los infortunios.

De esta manera, y bajo estos sentimientos, se verifica la lactancia; con la sávia de su pecho trasmite la madre á la hija sus sensaciones, sus ideas, sus gustos, sus impresiones. Y ¿cómo no ha de ser bueno el alimento que tiene su origen en un manantial divino? Las hijas se parecen á sus madres: por eso la maternidad es un sacerdocio, y no debe la mujer, bajo ningún pretexto, y sea la que quiera su posición social, abandonar sus hijos, en el período más crítico de la vida, en manos mercenarias, comprándoles con un puñado de oro un alimento que vende la codicia ó la necesidad, exponiéndose á ver malogrado el fruto de su amor, ya por enfermedades inoculadas en la sangre, ya con sentimientos de índole fatal, que se transmiten indudablemente en esa edad tan crítica de la vida.

Estas son las razones por las cuales juzgo altamente necesaria la intervención de la madre en la lactancia de sus hijos; este es el primero y más importante deber de una buena madre.

Después llegan otros cuidados no menos importantes, pero más secundarios, que sería origen de otro artículo; por ejemplo, el momento en que la inteligencia infantil empieza á desarrollarse, cuando es necesario grabar en ella las primeras ideas del bien y de la virtud. El santo nombre de Dios es el

primero que debe ser esculpido con buril de fuego, por la buena madre, en el corazón de sus hijos. Esta semilla bendita, fructifica, arraiga en sus almas, y crece y vive en la criatura hasta el momento de su muerte, y por muchos años que viva, siempre, al dejarla envoltura material que aprisiona su espíritu, dice el alma al desprenderse para volar á las regiones de la eterna luz: «¡Oh, Dios mío! ¡Dios bendito! ¡Tu nombre fué el primero que me enseñó mi madre: tu nombre sacro es el último que mis labios pronuncian al dejar la vida! ¡Bendito, bendito seas tú!

¡Madre mía! seas tú por siempre bendita también, porque supiste inocular en mi corazón la santa semilla de la caridad y del amor.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA CRUZ DEL BOSQUE.

¡Tiernas y candorosas leyendas de los antiguos tiempos, cuán gratas sois al alma!

Sois como las humildes violetas de los campos que perfuman el ambiente; sois como el rayo de sol primavera que todo lo dora y embellece.

Cuando yo era niña, sentada en el amoroso regazo de mi madre, cruzadas las manos sobre el pecho, fijes mis ojos en sus ojos, recojí de sus labios este sencillo relato.

Primitiva contaba apenas cinco años, era hija de un leñador que tenía á su cargo la guarda de un bosque, bosque secular que se alza todavía en la cima de los Apeninos. *Primitiva* no era bella; corría descalza sobre las piedras del camino, entregando al viento su rubia melena destrenzada; pero era creyente y pura, y tenía suma devoción á la cruz bendita, símbolo del Salvador Divino.

Sentada sobre un ribazo, mientras guardaba sus cabritas, tegía guirnaldas de silvestres flores para engalanar la cruz de madera que velaba sus sueños infantiles. Con las ramas de los árboles formaba toscas cruces que iba plantando en todos los ángulos del camino, marcando así cada uno de sus pasos.

Un día la desgracia tendió sobre ella sus negras alas.

Una enfermedad contagiosa que asolaba los vecinos pueblos la arrebató instantáneamente á sus padres.

Por la noche, cansada de gemir, se recostó sobre una piedra en la mitad del bosque y se durmió para ir á despertar entre los ángeles.

Al día siguiente, cuando los aldeanos atravesaron el bosque, vieron que al lado de su insepulto cadáver se alzaba una enhiesta cruz, á cuyo pié descollaban multitud de flores de una belleza desconocida. ¿Quién había plantado allí la enseña del cristiano? ¿Quién había fecundado en una sola noche aquellas flores de tan peregrina hermosura?

Los buenos campesinos creyeron que habían sido los ángeles, hermanos de *Primitiva*, y dando sepultura en aquel sitio á su cuerpo, murmuraron la palabra *milagro*, que se fué repitiendo de boca en boca; que se fué perpetuando de siglo en siglo.

Desde entonces no hay un niño que atraviese el bosque, que no suspenda ramos y guirnalda de flores de la cruz bendita; no hay madre que no confíe a la milagrosa cruz la salud y la ventura de sus hijos.

Esto me contaba aquella santa, que Dios llamó junto así, para ceñir á sus sienes la corona de los justos.

¡Píadosas creencias de otros tiempos! Puros manantiales de donde brotaba el néctar del consuelo y la esperanza, ¿quién os ha cegado ahora que no hallamos ni una sola gota de agua para refrescar nuestros labios?

Solitaria cruz del bosque, que estás hace tantos siglos con los brazos abiertos brindando amparo á los que sufren, ¡cuántos peregrinos, fatigados de la vida, se habrán sentado á tu sombra; cuántos habrán depositado á tus piés la pesada carga de sus penas!

¡Adorad la cruz, tiernas jovencillas, dulces hermanas mías!

La cruz que el sacerdote traza sobre nuestra frente al nacer, que nos acompaña durante nuestra peregrinación sobre la tierra, para cobijarnos despues en la desamparada sepultura.

Se acerca el tiempo, aniversario de aquel en que se cumplieron las sagradas profecías, en que Jesucristo al espirar sobre el Arbol Santo, dió al mundo su ley de paz, de amor y de perdon: ¡adorable ley que convertía en hijos de Dios á sus verdugos!

Procurad imitarle, hermanas mías, ya que á vosotras dejó confiada su obra misericordiosa en la santa persona de su madre. Abrazáos á la cruz las que careceis de bienes terrenales; las que sentís el corazón atribulado por las pasiones mundanas; abrazáos fuertemente á la cruz, vosotras, almas piadosas, que deporais los males que nos cercan, regadla con vuestras lágrimas, adoradla, enaltecedla, plantadla como primitiva en todos los ángulos del camino, para que sirva de apoyo á los débiles, para que sirva de guía á los extraviados, para que obrándose otra vez el milagro, broten á sus piés flores de virtudes que purifiquen el mundo con su balsámico aroma.

ANGELA GRASI.

POESÍA.

A LA CASTA SUSANA.

Por Dios que es rara castidad la tuya,
Y me extraña que tanto se pondere;
Aunque algun criticon que te venere
Me llame necio y de impiedad me arguya;
Llámesese casta á la que al vicio huya
Cuando de ricas galas se vistiere;
No ciertamente á quien, cual tú, no quiere
De ancianos achacosos ser la cuya.
Frenos poner al lúbrico deseo
Y ante un jóven apuesto ser de roca
Te hiciera digna de sin par trofeo:
¡Mas desdeñar á un viejo!.. no me choca:

Eso hago yo, que pecador me creo,
Siempre que alguna vieja me provoca.

E. SIERRA VALENZUELA.

TRISTEZA Y ALEGRÍA.

I.

Va á oscurecer. El son de la campana
anuncia la oracion;
espira el dia al empezar la noche...
Ya su manto tendió!

Mensajera de lúgubre tristeza,
con descarnada faz,
espanto y agonía al alma infunde
su horrible soledad.

II.

Cuando la aurora asoma allá á lo lejos
tras el valle sombrío,
al cielo alzo los ojos, y se escapa
de mi pecho un suspiro.

¡Cómo no suspirar, si en la mudanza
que hay de la noche al dia,
veo á la aurora coronar el valle
dándole luz y vida!

FAUSTINO BELTRAN.

DOS LETRAS.

Una cifra secreta y misteriosa
Trazó sobre el papel su blanca mano;
¡Tal vez un pensamiento
Con amoroso afán acariciado!

Quizá el enigma que escondido guarda,
Quizá la imágen de sus sueños castos,
Quizás un dulce nombre
Con pasión y ternura pronunciado!

Ay, quien pudiera adivinar la cifra,
Quien descubrir pudiese aquel arcano...
Quién saber el secreto que á ella sola
Le contarán sus encendidos labios!

NICOLÁS MUÑOZ CERISSOLA.

RIMA.

He jurado olvidarla y me repugna
cumplir mi juramento,
que al fijar ella en mí sus negros ojos,
profano y loco pienso,
que en gozar su cariño existe solo
la dicha de los cielos.

N. DIAZ.

REJAS.

Ventanas de primores son tus ojos
á las cuales asomó con bizzarria

el alma tuya á provocar enojos
derramando zozobras en la mia.
Al ver que se valió de tales mañas
por caer sobre mi vertiendo quejas,
dije á Dios, con pesar de mis entrañas:
— «Señor, á esas ventanas poned rejas;»—
y lo son de esos ojos... tus pestañas.

JOAQUIN A. DE ALCÁNTARA.

RIMAS.

Si quisiera vengarme, divulgará
las pruebas que me diste de tu amor,
mostrando lo voluble y caprichoso
que fué tu corazón.

Pero no lo haré así: yo te perdono,
la conciencia ha de ser el roedor
que tu vida atormenta, castigando
tu pérfida traición.

JOSÉ RUIZ TORO.

MADRIGAL.

Dormía sin pesares blando niño,
Y su madre velaba el dulce sueño
Cabe lecho tan puro como armiño,
Como nido de tortolas risueño.

—Madre, toma—con lábio balbuciente
Dijo soñando el niño en su embeleso,
Y flébil, cual rumor de clara fuente,
Oyóse el vago son de un tierno beso.

Moviendo del infante los cabellos
Los céfiros, gimieron de delicia;
Y la madre intentaba aborrecellos,
Del hijo por robarle una caricia.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

LA MUJER.

Formó Dios para el león
De ensortijada melena,
La hembra, seca arena
Del desierto en la region.

Del mar undoso el confin
Que baña la angosta tierra,
Y cual anillo la encierra
Formó Dios para el delfín.

Para el halcón que contento,
Anida sobre la roca
Altiya que nubes toca,
Formó Dios el ráudo viento.

Y para el gamo inocente,
Que trisca entre la espesura,
Hizo el bosque y la llanura,
Y el arroyo sonriente.

Hizo la verde pradera
Para la tímida oveja,
Y la flor para la abeja,

Para la flor primavera
Al hombre, qué es el Señor
De cuanto existe en el suelo,
Aquí abajo dióle un cielo,
De felicidad y amor.

Dijole «toma, á beber
Te doy esta copa entera»
El licor, la dicha era,
Y la copa, la mujer.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

NOTICIAS.

Con motivo de estar concluidos los estudios de la carretera de Béjar á esta ciudad, varios artesanos de aquella localidad dieron un baile de convite, al cual invitaron además de varias corporaciones y particulares á la digna comision de estudios. Tanto esta como la concurrencia en general, quedó altamente complacida de la honrada clase obrera.

Deseamos que cuanto antes empiezen las obras, para que por este medio se dé ocupacion al gran número de braceros que hoy carecen de trabajo.

Ha sido nombrada maestra interina de Gallegos de Argañán, doña María Delgado Gonzalez y en virtud del último concurso de traslacion, lo han sido igualmente nombrados para Sahugo don Adrian de Retes y para Monsagro don Feliciano Mateos Blasco.

El dia 5 de Enero próximo, tendrá lugar ante el Illtre. Ayuntamiento de esta ciudad, la rectificacion del alistamiento para el reemplazo del ejército correspondiente al año de 1879.

LOGOGRIFO.

LoLo
Lo

A B c d f g originan

qqqqq

qqqqq

qqq

q

TI

on

on

on

on

on

LA SOLUCION EN EL NÚMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el numero anterior
UN SER INCLINADO AL MAL Á VUELTA DE MUCHOS
DIAS SE VÉ RODEADO DE DIFERENTES INFORTUNIOS.

ANUNCIOS.**PLUMA MILAGROSA**

F & M

ESCRIBIENDO SIN TINTA.

PRIVILEGIOS DE INVENCION EN FRANCIA Y EN EL
EXTRANGERO.*Toda falsificacion será rigoroamente perseguida. Se-
gun la ley, todo tenedor de objetos falsificados incurre
en las mismas penas que el falsificador.*Las ventajas de la *Pluma milagrosa* son múltiples.
*Puédese escribir con ella siempre, á condicion de
tener á mano algunas gotas de agua.**Ni se oxida, ni se engrasa jamas.
Ni debe ni tiene jamas necesidad de ser enjugada
ni limpiada.**Siempre permanece limpia como si fuera nueva sin
exigir ningun cuidado.**Se adapta á todos los porta-plumas.**La tinta que ella genera instantáneamente es siem-
pre limpia, se seca con rapidez, y permanece fija é
imalterable sobre el papel, es inofensiva y no quema
la ropa.**El producto químico, desconocido hasta el dia,
que se encuentra en ella permanentemente, está
concentrado en un grado tal, que cada pluma, en el
uso ordinario, puede servir algunos meses, al menos.**Las plumas milagrosas están confeccionadas bajo
diversos colores, tales como: Violeta oscuro, encarnado,
azul oscuro, negro, etc.; y para escribir con
estos diversos colores, bastará el tener sobre el bu-
fete un vasito solo con agua.**Serán pues utilísimas en todas las oficinas para
las anotaciones, rúbricas, correspondencias, planos,
dibujos, etc, y adaptándolas á portaplumas-estuches,
serán de un valor incontestable y aun indispensables
para los viajeros**SE VENDEN EN ESTA LIBRERÍA.***TALIS VITA. FINIS ITA.**

NOVELA ORIGINAL

DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

*El mayor y más completo elogio que de esta in-
teresa obra podemos hacer, es decir que sin em-
bargo de haberse publicado recientemente y en una
poblacion que se halla muy lejos de los grandes
focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de
ser traducida y publicada en el extranjero.**Véndese en esta librería al precio de 2 pesetas
ejemplar.**Mercado de Ciudad-Rodrigo, 17 de Diciembre.-**Trigo candeal, de 41 á 43 rs. fanega.—Idem
barbilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 29 á 31 id.—
Cebada, de 28 á 30 id.—Algarrobas, de 26 á 28 id.
—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 3 á 4 rs.**aroba.—Aceite, de 68 á 70 rs. cántaro.—Hari-
nas, de 1.ª á 18 rs. aroba.—De 2.ª á 17 id.—De
3.ª á 16 id.—De 4.ª á 10 id.—Menudillo á 7 id.***ALMANAQUES AMERICANOS**

PARA 1879.

*Acaba de recibirse en esta librería un magní-
fico surtido de almanaques de pared, que con-
tienen al dorso de cada hoja charadas, epígra-
mas, anécdotas, acertijos, etc., etc. Tambien se
hallan á la venta ejemplares de los acreditados
almanaques «de la Alegría,» «de los Chistes,»
«del tio Carcoma» y de las novelas «La Hija
mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras
de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,»
«Los pordioseros de frac» publicadas reciente-
mente por la casa editorial de D. Jesus Graciá.***RAFAEL HUEBRA,**

S. PABLO, 2 Y 5

SALAMANCA.**ESTUFAS,****CALORÍFEROS Y CHIMENEAS,**

DESDE 90 RS.

COMISIONISTA EN ESTA

CASIMIRO MUÑOZ, PLAZA MAYOR, 12.

ARTE DE COCINA.*Magnífico y excelente tratado culinario escri-
to por D. Juan de Mata, cocinero en jefe y pro-
pietario del Gran Hotel de Malta en Lisboa,
precedido de un prólogo de D. Alberto Pimentel
y traducido al español por D. José Araujo. For-
ma un tomo de más de cuatrocientas páginas
ilustradas con grabados intercalados en el tex-
to. Se vende en esta librería al precio de doce
reales cada ejemplar.*

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

—¡Miserables!—repitió Josuf corriendo hacia Naziha y arrebatándola de los brazos de Pantoja, que sobrecojido por aquel acontecimiento, no opuso resistencia.

—¡Pensábais huir? Escucha, perro descreído! escucha los gritos de agonía que lanzan tus soldados, que han sido descubiertos por mis africanos. ¡Por el Gran Profeta! que ha de quedar memoria eterna de mi venganza!

Juan de Pantoja que se habia repuesto de su sorpresa, abarcó con una sombría mirada toda la estancia, y tirando de su largo montante, (1) cuya ancha hoja brilló fatidicamente describiendo un rúido semicírculo, se fué sobre Josuf.

Naziha temblando de terror se interpuso entre su amante y el walí. Pero este, asiéndola brutalmente de un brazo, le mostró á dos dedos de su turgente seno un desnudo puñal, diciendo al mismo tiempo y con acento réconcentrado al señor de Laredo.

—Dá un solo paso, que asome uno solo de tus soldados por esa puerta y le parto el corazón.

Pronunció con tal fiera el walí estas palabras, que Naziha lanzando un grito de horror cerró los ojos abandonándose sin sentido en los nervudos brazos de su padre, y Juan de Pantoja dejó de oprimir la empuñadura de su espada, que cayó sobre el mármoleo pavimento.

En aquel instante, el fragor del combate que se estaba librando entre los soldados de Pantoja y los africanos de Hisem, creció. Escuchóse claro y distinto el grito de guerra de los castellanos, y un resplandor rojizo, dejöse ver por entre la calada celosía del ajimez.

Juan de Pantoja lanzóse sobre la cerrada puerta de la estancia, y su puño al golpearla, producía el mismo ruido que una maza de armas.

El walí siempre con su amenazante puñal, y arrastrando consigo á Naziha, se dirigió rugiente al ajimez.

Sin soltar el cuerpo de su hija, avalanzöse al alfeizar, y de-

(1) Espada de combate de extraordinarias dimensiones.

voró con la vista un espectáculo sangriento. El castillo estaba incendiado, su presidio buscaba la salvacion en la huida, y los castellanos sedientos de sangre y esterminio, perseguían á los fugitivos, que caían al filo de sus espadas, como las doradas mieses bajo la hoz del segador.

Crujían las vigas al abrasarse; derrumbábanse los torreonnes, cuyos gruesos sillares levantaban al caer columnas de polvo, que iban á mezclarse con el humo que salpicado de partículas encendidas, se elevaba en el aire oscureciendo el brillante disco de la luna, y los ayes de los heridos, y los rugidos de muerte de los que caían para no levantarse jamás, eran contestados por el grito de guerra de los soldados de Pantoja, *Santiago y cierra Castilla*.

De pronto, una turba de moros invadió con bríos la plataforma de la muralla. Sus blancos alquiceles flotaban al viento de la noche, y al grito *Le galib-ile-Allah*, (1) acometieron á los almogávares de Hisem, tomando partido por los castellanos.

Un caballero árabe, en cuyo bruñido almete se mecía una garzota de plumas rojas, y cuyo desnudo alfanje chorreaba por su ancha canal la sangre enemiga, manchando el guantelete de acero de su mano derecha, y la manga de brocado verde de su rica aljuba, acaudillaba muy esforzadamente, á los soldados del blanco alquicel.

Eran los granadinos de Alahmar, y el caballero, el antiguo walí de Jaen, el gefe de la caballería de Granada, Abú-Omar-Ali-Aben-Muza.

Josuf con la pupila dilatada é inyectados de sangre los ojos, seguía los detalles de la lucha, y de la horrible matanza que tenía lugar.

A la vista de los soldados del rey Nasar, se pintó en su torvo semblante una espresion de ódio profundo, y su barba blanca temblaba de ira.

—Mira... mira... ¡infame mujer!—rujía el walí mostran-

(1) «Solo Dios es vencedor.» Grito de guerra de los moros de Granada.

do á su hija la escena que iluminada por las llamas del incendio, pasaba ante sus ojos.—¡Mira la deshonra de tu padre, la muerte de los tuyos! mírala bien, porque muy en breve, el arcángel *Azrael* (1) vá á batir sus negras alas sobre tu frente.

Juan de Pantoja, pugnaba en tanto por forzar la puerta de la estancia. Probaba ya su último esfuerzo, cuando un grito desgarrador, seguido de una impía maldición, le hizo apartarse bruscamente de la puerta, y correr hácia el ajimez.

Naziha rodaba por tierra, retorciéndose en las últimas convulsiones de la agonía sobre un charco de sangre, y Josuf, frenético salía al encuentro del señor de Lardero, con el humeante puñal en la mano.

Juan de Pantoja quedóse inmóvil, horrorizado, y el walí aferróse á él, cual un lobo hambriento.

Entonces tuvo lugar una lucha innoble.

Rechinaban los brazales y las grebas en aquel combate de jayanes; chocaban contra los muros, arrancando el violento roce de sus armaduras con el alicatado, pequeñas chispas igneas, y derribados los muebles de la estancia rodaban por el suelo, tropezando en ellos los combatientes, dificultando más la lucha.

Bramaba de rabia Pantoja; maldecía de coraje el walí, y aquella repugnante escena en que dos hombres sedientos de sangre se disputaban la vida, no tenía más testigo que el cadáver de una víctima de las pasiones de ambos.

La melancólica luz de la lámpara, chisporroteaba próxima á extinguirse, como si tuviera vergüenza de alumbrar tanta ignominia, y el fuerte resplandor del incendio penetrando por el abierto ajimez, arrojaba á los muros con proporciones colosales, las informes sombras de los dos combatientes, dándoles la apariencia de dos fantásticos gigantes.

(1) Ángel de la muerte entre los árabes.

tela de Damasco, arrojado el férreo yelmo y las manoplas sobre la alcatifa (1) que se estendía delante del divan, miraba ébrio de amor la magnífica hermosura de Naziha, y la niña reclinando la cabeza sobre el armado pecho del señor Lardero, sin articular una palabra, y dejando solo escapar de su pecho ardientes suspiros, acariciaba con sus pequeñas manos, la blonda cabellera del castellano.

—¡Ay! Juan mio,—dijo Naziha con una voz de ángel.—Creí perderte para siempre, y he sufrido una agonía lenta y horrible. Ahora que te tengo á mi lado, ahora que estrecho tus manos, tengo miedo, mucho miedo.

—¡Temer tú? ¡alma de mi alma!—exclamó Pantoja en el colmo de la pasión.—¡Quién puede arrebatarte de mis brazos? Nadie, Naziha. El hombre que iba á ser hoy tu esposo, el maldecido walí Hahmas, que vagaba confiado por las murallas, quizá esperando con ansia la hora de estrecharte contra su pecho, está prisionero entre mis soldados. Todo nos es propicio. Mis gentes tienen cercado el castillo, y si pasada una hora no estamos entre ellos, el caballero Rodrigo Alvarez á su frente, se lanzará sobre las murallas.

—¡Oh! nó; nó por Allah, amado mio. Respeta á mi padre.

—Huyamos entónces á Castilla: ven, mis hombres de armas nos esperan, en el próximo encinar están ocultos los caballos, y antes que la aurora sonría, estaremos en lugar seguro.

Y el señor Juan de Pantoja, como para dar más fuerza á sus palabras, rodeó con el brazo la flexible cintura de la jóven, y la atrajo á sí.

El embalsamado aliento de Naziha, se mezcló con el de Pantoja, uniendo por decirlo así aquellas dos almas, con un lazo eterno.

—¡Miserables!—rugió entónces con voz de trueno, un atlético árabe que habia aparecido en la puerta.

—¡Josuf!

—¡Cielos!—gritaron á un tiempo los dos jóvenes.

(1) Tapete ó alfombra de seda.